

SERMÓN
DE LA ANUNCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA
Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS

PREDICADO EN LA
IGLESIA DE LA ENCARNACION DE MADRID

EL DÍA 25 DE MARZO DE 1866



*Spiritus Sanctus superveniet in te, et
virtus Altissimi obumbravit tibi; et
quod nascetur ex te, Sanctum, vocabitur
Filius Dei, et regni ejus non erit finis.*

El Espíritu Santo descenderá sobre
ti, y te dará sombra la virtud del Altí-
simo; y lo Santo, que de ti nacerá, será
llamado Hijo de Dios, y no tendrá fin
su reino.

LUC., I, 33 y 35.

VIRGEN Madre de Dios, yo te saludo! Antes
de comenzar en este día tu elogio, quiero
ofrecerte el tributo de adoración que me enseñó,
en honor tuyo, la Iglesia, y llevar ante tu altar los
tesoros de ternura con que toda la humanidad te
ama. Yo sé que eres imagen de la Trinidad Au-
gusta, porque tu misión y tu ser fueron concebi-
dos en los eternos arcanos y en las relaciones de
las Personas Divinas: sé que eres la Hija dulcísi-
ma del Padre Omnipotente y Altísimo; que eres
la Madre Inmaculada del Verbo de Dios, encar-
nado para redimir y para salvar al mundo; que el
Espíritu Santo se dignó hacerte su Esposa y col-
marte de sobrenaturales grandezas. Pero para
adorarte y bendecirte, Madre mía, bastará siem-

pre á mi corazón y á mi alma recordar que en el anchuroso templo donde recibí las aguas bautismales, y en el tañido de las campanas de su esbelta torre, en los inspirados himnos que te dirige la Iglesia, en el hogar amado donde unos padres creyentes me formaron en tu fe y en tu amor, en el estudio de tantas grandes inteligencias, esclarecidas por la luz del Símbolo Católico, entre los corazones ingenuos que tienen todas las intuiciones de la verdad y el bien, en los primeros rayos del sol, en el radiante esplendor del mediodía, en los crepúsculos de la mañana y de la tarde, yo oí, yo pronuncié, yo repetí constantemente estas suavísimas palabras: «¡Dios te salve, María, llena de gracia!»

Excmo. Señor: Los dogmas de la Religión católica son vida de los entendimientos, y están henchidos de encantos y delicias para todos los corazones sensibles. Ellos ejercitan la razón humana, que, buscando afanosa los motivos de su credibilidad, funda lógicas conclusiones en las premisas de mundos invisibles y de cosas eternas; ellos elevan el espíritu con la práctica de las virtudes y con el fuego de las santas adoraciones; ellos vigorizan el ánimo con la clara luz de la esperanza y con la seguridad de sus recompensas: y el alma toda dilátase y regocíjase en confesar y en entrever que hay mundos sobrenaturales á los que nuestra limitada vista no alcanza, y en donde habita un Creador Increado, un Dios Omnipotente

y Sapientísimo, Principio de todo bien y Remunerador de los justos.

Para vislumbrar y distinguir en algún modo esas puras y escondidas regiones, sólo se pide al hombre, juntamente con la antorcha de la fe, la ofrenda de la humildad; y nosotros, fieles y constantes católicos, no acertamos á comprender cómo la inteligencia humana no se postra, no se rinde gustosa ante esas elevadísimas esferas; siendo así que ella encuentra á cada paso en la naturaleza creada, en el mundo material y físico, secretos que el saber humano no penetra, y que entiende hartó bien que no penetrará nunca; porque cuando vemos, Señores, que en la serie de los siglos la verdad científica de hoy no es con frecuencia la verdad de ayer, no será probablemente la verdad de mañana, dijérase que el Hacedor Supremo había querido reservarse, no ya en los mundos superiores, sino en los reinos de la materia y de la fuerza, la clave de los mayores y más trascendentales fenómenos.

Hoy, Señor Excmo., conmemora la Iglesia uno de sus más hermosos Misterios, quizá el más adorable de ellos: la Encarnación del Verbo Divino, que quiso habitar entre los hombres; y el espíritu sencillo, el corazón que ama, recibe de él, por admirable modo, las ráfagas de luz, los vivos resplandores que todo dogma proyecta necesariamente sobre la verdad natural, que la fe hace derivar sobre la razón y el discurso, puesto que la

razón y la fe son rayos de un mismo foco, dones distintos de una misma Esencia. La inteligencia, esclarecida por la verdad revelada, sabe que ese sublime arcano tiene su origen en un arcano más alto, el Misterio de la Trinidad Augusta; que surge de él, á su vez, otro Misterio más tierno, el Misterio eucarístico: y que juntos los tres, en tal manera hacen brillar sus destellos y cautivan con sus ternuras, que la razón humana parece como que percibe y adivina aquellos altísimos secretos del mundo sobrenatural é infinito, que son cielos dentro de otros cielos, soles unidos á otros soles, misericordias sobre otras misericordias; y es que, tratándose de amor, de amor puro y suavísimo, desde el amor de nuestros hermanos hasta el amor de Dios, el espíritu del hombre, por finito y por limitado que sea, crece con dilataciones increíbles, aparece dotado de facultades sobrehumanas para apreciarlo, para sentirlo y para corresponderlo.

El Misterio de la Encarnación del Verbo se nos muestra bajo tres maravillosos aspectos: bajo el aspecto rigurosamente teológico, donde son más principalmente adorados los Atributos de Dios y sus providenciales designios; bajo el aspecto de las dulzuras inefables, de las gracias sin medida, de la piedad conmovedora, que dice relación directa é inmediata á la Virgen María; bajo el aspecto de la restauración del hombre y de las sociedades, realizadas con la venida del Hombre

Dios sobre la tierra. Vamos nosotros hoy, Excelentísimo Señor, á estudiar y á bendecir tan incommensurables grandezas, ofreciendo á la consideración cristiana estos tres puntos culminantes.

Primero: la gloria y la majestad de Dios, reveladas y difundidas por el Espíritu Paráclito. «Spiritus Sanctus superveniet in te.»

Segundo: la dignidad sublime y las incomparables excelencias de la Madre de Jesús, inundada de todos los dones del Altísimo. «Et virtus Altissimi obumbravit tibi.»

Tercero: la dicha y regeneración del mundo, libertado por la Divinidad y la Santa Humanidad de Jesucristo. «Et quod nascetur ex te, Sanctum, vocabitur Filius Dei, et regni ejus non erit finis.»

Para adornar, Señores, estos hermosos cuadros, para esmaltar esas ricas coronas, ni nuestra inteligencia lograría producir un pensamiento nuevo, ni nuestra fantasía pudiera crear nuevas imágenes: aquellos Padres y Doctores que fueron á la vez grandes Santos, desde San Epifanio hasta San Idefonso, desde San Juan Damasceno hasta San Buenaventura, desde San Bernardino de Sena hasta San Alfonso de Ligorio, agotaron ya en sus meditaciones y sus éxtasis todo ese caudal precioso de la ciencia y del fervor cristianos, de la liturgia y del culto católicos, y nosotros habre-

mos de contentarnos con seguir humildemente sus huellas. Pero puede ser mérito propio de nuestra alma, llama de nuestro espíritu, sumergirnos en esos inmensos piélagos de la Sabiduría, de la Belleza y de la Bondad divinas, con el corazón inflamado en los místicos amores, con el ardiente anhelo, con la esperanza dulcísima de nuestra justificación y de las eternas recompensas.

Imploremos ahora los celestiales auxilios por la intercesión de la amorosa Madre del Encarnado Verbo, saludándola con las inolvidables palabras del Arcángel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

EXCMO. SEÑOR:

No sé yo ciertamente si entre los filósofos más ilustres de los modernos tiempos podrá existir alguno que, con la mano sobre su corazón y su conciencia, afirme resueltamente que no reconoce ni admite un Dios Increado, Hacedor Supremo de todo el Universo, y Ordenador y Conservador de cuantas cosas y cuantos seres viven sobre la tierra ó giran por los espacios infinitos. Nadie con más complacencia que Voltaire, aquel corazón vacío, aquella alma de hielo, hubiera negado al Dios Creador, Dios Personal y Viviente; y, sin embargo, él no pudo menos de confesar un Artífice Soberano que fabricó la maravillosa máquina del mundo: ni es menos interesante la elocuente sencillez, la hermosa sinceridad del conquistador más grande de la Edad Moderna, y de uno de los más insignes pensadores de nuestros días, que, en presencia de la naturaleza, así pre-

guntan, atónitos y conmovidos, á los sabios: •Decídme, ¿quién ha hecho esto? (1)

Sí, Dios existe. El impío podrá negarle, por el odio con que mira todo lo santo; el filósofo le podrá negar también en las elaciones de su soberbia; pero todos los esfuerzos del filósofo y del impío serán vanos é inútiles para sustraerlos á la acción de ese mismo Dios que ellos niegan, porque han de verse continua y necesariamente envueltos en los resplandores de una Sabiduría absoluta y en la atmósfera de una Esencia Increada é Infinita. Las pruebas de la existencia real de ese Dios son decisivas é irrecusables: si el corazón de los necios le rechaza, si el espíritu orgulloso le desdeña, las multitudes fieles, las almas candorosas, los corazones lacerados, los amadores de la verdadera ciencia, los reyes de la inspiración y la literatura, le aclamarán en sus oraciones, le implorarán en el dolor, le bendecirán en sus actos eucarísticos, le confesarán y demostrarán en las maravillas creadas, le ensalzarán en sus odas, en sus poemas, en todos los vuelos de la fantasía y en todas las concepciones del genio (2).

(1) Napoleón y Tyndall, citados por el P. Tilman Pesch, S. J., en el cap. I de su profunda obra *Los grandes arcanos del Universo*.

(2) ¡Cuán consoladoras y bellas son estas palabras de Dante, puestas en boca de la beldad celeste que le elevaba hasta Dios, mostrándole la sublime armonía de los Divinos Atributos, y diciendo así al Poeta: •Cambia de pensamien-

Y cuando se ha aceptado, Señor Excmo., la idea de un Dios Creador y Omnipotente, toda inteligencia serena vislumbra, acepta y se inclina ante el Misterio de una Trinidad Augusta. Este adorable dogma, este inefable secreto, será ciertamente inaccesible en toda su majestad y hermosura á la razón humana; pero como todo cuanto existe en el orden sobrenatural, en relación con el hombre, es á la vez justicia y misericordia, el Misterio de una Trinidad de Personas divinas en una Esencia única nos presentará por algún lado rayos de su grandeza, testimonios de sus consolaciones. A nuestro limitado entendimiento le ofrecerá desde luego cuanto él pueda tener de inteligible, cuanto la Metafísica y la Lógica puedan explicar en sus racionios y en sus deducciones: *Fides quærens intellectum*, como escribía San Anselmo. El nos dirá con luminosas claridades que todo sér ha de tener un sér semejante en la vida; que el Divino Entendimiento ha de residir imprescindiblemente en más de una Persona divina: y como todo sér inteligente tiende por necesaria manera al amor, ese Entendimiento divino, ese Dios que, en cuanto eternamente generador,

to y reflexiona que estoy cerca de Aquel que repara todas las injusticias!•

*Muta pensier, pensa ch' io sono
Presso à Colui ch' ogni torto disgrava.*

PARAD., Cant. XVIII.

es el Padre, y, en cuanto eternamente engendrado, es el Hijo, ha de tener un término también eterno, un vínculo de caridad infinita, una Personalidad igual al Padre y al Hijo, que procede de éstos; tres Personas, en suma, que no pueden constituir sino un Dios solo, porque la idea de dos Dioses es contradictoria y absurda.

Bajo el aspecto del sentimiento, y en orden á la dignidad humana, la creencia en un Dios Uno y Trino nos conmueve al par que nos ennoblece; porque ella nos enseña que en el seno de las Personas Divinas está el principio de nuestro bien y el medio eficaz de nuestro rescate; que de allí vendrá un Salvador para devolver al hombre las claridades de su inteligencia turbada, la obediencia de su espíritu pervertido, la pureza de su corazón mancillado, la libertad de su ser voluntariamente esclavo del ángel de la rebelión y la mentira: dejándonos comprender así de ese arcano lo bastante, al menos, para poder estar seguros de que si los dogmas de nuestra fe, los artículos fundamentales del Símbolo Católico, son superiores á nuestra razón, ellos no la humillan ni la contradicen nunca; antes, por el contrario, la iluminan y la elevan para que vaya buscando el hombre en los orígenes de la vida, en la historia de las sociedades, en los reinos de la naturaleza, en el torbellino de las pasiones humanas, en el movimiento y en las aspiraciones de su propio ser, las fuentes cristalinas de su existencia, enturbia-

das por el pecado; las grandezas y dulzuras de su restauración, la gloria de su último fin y de sus inmortales destinos.

Hemos naturalmente venido, Excmo. Señor, de la confesión de una Trinidad Soberana, que decíamos ser el Misterio más inescrutable, á las suavidades sin nombre del Verbo Encarnado, que es el Misterio más amoroso. En la Encarnación del Verbo, como en la Trinidad Divina, la razón humana está rodeada y como envuelta en los velos de lo Infinito; mas á través de esos velos distinguimos, con claridad algo más viva, los conceptos y los resortes de la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, para salvar al mundo que ha pecado en el nacimiento mismo de la vida, en los dos primeros seres inteligentes creados por el Altísimo. Las escenas memorables del Edén; la muerte y el dolor que aparecen en la marcha de las generaciones; los ecos de las promesas del Señor, esperanza y consuelo de las edades bíblicas; Dios mismo, que nos habla alguna vez entre nubes, y más frecuentemente por los Profetas de la Antigua Ley, todo nos anuncia al Mesías, Libertador de las Naciones, llegando hasta retratarnos anticipadamente su figura, sus perfecciones, sus sufrimientos, sus triunfos, sus atributos, el enlace majestuoso y eterno de la Justicia con la Clemencia; de una Justicia indeclinable que, viéndose ofendida con una desobediencia de infinita malicia por su objeto y su fin, quiso únicamen-